

# CENA DE NAVIDAD

José María Ramírez Labaila



Dicen que dicen que Mosén Ramón estaba en las últimas.

El capellán había llegado ya con el viático, y Mosén Ramón, con la voz rota por los ahogos de la agonía, quería confesión. Los que esperaban tras a la puerta no daban crédito. Poco antes de cerrarse la puerta, al oír la petición, habían mostrado una sonrisa condescendiente al pensar en qué pecado podría querer confesar aquel buen hombre que, como habían constatado día tras día, había vivido como un santo, como no fuera un trago más de vino en ayunas; pero, en aquel momento, llevaba ya casi dos horas de confesión. Y sólo se enteraba mayordoma, además del confesor, la sobrina de la Pepa que en paz descansa.

El capellán que ahora lo confiesa lo había sustituido hacía ya veinte años. Entonces, al ahora moribundo, le había aconsejado que se fuera a una residencia, que allí lo atenderían mejor y, además, descansaría. Mosén Ramón siempre le respondió que estaba en deuda con la parroquia y que la única manera de pagarla era compartiendo sus asperezas. Además, le añadía, que quería liberarse de la carga contraída allí, donde la había contraído y, para acabar de apañarlo, le decía entre medio de vaguedades, que todo se aclararía en la última confesión, sin aclararle quién tenía que confesarse y por qué. El capellán, por aquellas fechas casi un novicio, no acababa de comprender aquella tozudez y presintiendo que su actividad pastoral y su autonomía podían verse resentidas por la presencia de quien lo había precedido en el cargo, solicitó la intervención del Arzobispo. Este le recomendó paciencia y comprensión cristianas, además de hacerle la observación de que para sí quisieran otros un colaborador como Mosén Ramón en sus parroquias. Especialmente si eran como aquella, tan aislada. Tras la respuesta del superior, el capellán aceptó el hecho de que hasta que Dios no lo acogiera en su seno conviviría con Mosén Ramón, por lo que se armó de paciencia y comprensión y aceptó la encomienda. Esperaba conflictos y tensiones con el anciano, pero pudo comprobar que nunca llegó a ser ni una sombra en su actividad y colaboró con humildad en todo cuanto se le solicitó, actuando incluso más allá de lo que sus fuerzas le permitían, especialmente en los últimos años.

En aquel momento, aquel de quién había dudado hacía ya tanto tiempo estaba ante sí tumbado, agonizante, y él, ya un cura maduro, con la estola morada al cuello, se hallaba sentado junto a la cabecera,

dispuesto a escucharle cuanto fuera necesario, respetuoso, tras haberlo exhortado a que cumpliera con el deber cristiano de la confesión, como bien sabía, antes de recibir la extremaunción. Lo que más le sorprendió, pero no pudo negárselo, fue que quisiera que estuviera presente la mayordoma que lo había acompañado durante los últimos treinta años de su vida.

Tras las palabras rituales, había empezado diciendo que cómo se le habría endurecido el corazón, porque a él también lo había invitado a cenar y mira que se había negado veces a aceptarla, pero en aquella ocasión, sin saber muy bien por qué, algo le hizo aceptar; aunque me quedé sin postres porque aquello se había ido demorando y necesitaba preparar el oficio. Ya sabía él, dirigiéndose al confesor, cómo de especial era la Misa del Gallo. Era Nochebuena, ya se sabe, motivo de reencuentro de familiares que se hubieran alejado del lugar, ya fuera por razones de trabajo o de residencia e, incluso, de aquellos que hubieran podido sentirse dolidos volvían a darse la oportunidad para hacer saber sus cuitas y cuidados con ánimos de reconciliación. Cuando me tuve que ir de allí, en casa de la Tía Pepa hacía ya un buen rato que los familiares invitados habían perdido parte de aquellos buenos propósitos. Desde hacía días que se sabía que Jean, el marido de la Tía Pepa, había tenido que ir a Barcelona por un asunto urgente, según había dicho la Tía Pepa, y que, a tenor de lo comunicado en un telegrama recibido el día antes, comunicaba que llegaría a tiempo para la cena de Nochebuena. Así que todos esperaban su llegada. Pasaba el tiempo y viendo que no llegaba, pues se habían sentado a la mesa a eso de las nueve y eran ya casi las diez, alguno se temió lo peor. En un primer momento todo fueron bromas, alguna subida de tono, en relación al motivo que pudiera ser la causa del retraso, más que nada porque no era la primera vez que pasaba. Sin ir más lejos, en la cena de la última Nochebuena, y eso que estaba en el pueblo, había llegado tarde porque había ido a coger muérdago con su sobrina Marionna y se habían entretenido contando los pinos en los que había, y eso que ya era noche cerrada, al menos esa fue la explicación que dicen que dieron, y aquello dio que hablar. Pasaba pues el tiempo y muchos de los reunidos mostraban caras de preocupación. Algunos temían una desgracia: una manada de lobos hambrientos, una caída por un barranco, un asalto de gente malintencionada...; eso sí, cuando alguno expresaba en voz alta un motivo plausible, otro, con firmeza y confiado, respondía que aquello no era posible, porque un hombretón como él se hubiera lanzado contra el lobo y le hubiera mordido el cuello y no hubiera dejado ni uno...; o bien, que él conocía el camino con los ojos cerrados y te sabría decir dónde estaba cada una de las piedras con las que pudiera tropezar... y, en último término, si hubiera

sido un asalto, que todo era posible, hubiera hallado la manera de acabar con cualquier mequetrefe embozado y lo hubiera arrastrado hasta allí de la oreja... Entonces, todos callaban y procuraban imaginar lo que realmente pudiera haber ocurrido para que no estuviera allí en fecha tan señalada, siendo la hora que era. Estaba claro que los que más sufrían eran los parientes cercanos de Jean, expresamente invitados por la Tía Pepa que habían llegado desde el otro lado de las montañas, que deseaban verlo, ya fuera por no haberlo tratado, ya fuera porque no sabían propiamente cómo se las gastaba Jean.

La Tía Pepa acabó por decidir hacer lo que los más cercanos a ella consideraron que se tenía que hacer. Cuando apenas faltaba una hora para la medianoche, dio unas palmadas, se puso seria y, con aquella voz grave y algo cascada que todos conocían tan bien, dijo que todos habían llegado hasta allí para celebrar la Nochebuena cenando juntos antes de la Misa del Gallo. Dijo esto mirándome, y yo asentí con la cabeza. Ella añadió que si esperaban hasta que llegara Jean tal vez llegara el Fin de Año y no habrían comido. Además, los mozuelos y mozuelas tenían hambre. De modo que si alguien tenía hambre no había excusa y no había más que añadir, estando la mesa puesta y en casa de la Tía Pepa.

Todos se sentaron a la mesa y yo quise irme pero no me lo permitieron hasta que no hubiera probado alguna de aquellas viandas regadas por un buen vino, y de buen gusto me hubiera quedado si no hubiera sido por la urgencia que me obligaba. Ante el confesor daba gracias por ser el día que era. Dicen que sus palabras fueron estas, más o menos, “Piense que lo que le diré a partir de ahora lo sé por los secretos de confesión que tuve que atender y, sabe Dios, que hubiera preferido no haberlos tenido que oír. Ahora los repito con el deseo de obtener el perdón y que haya conocimiento de la verdad, sin dar pábulo a habladurías...” El confesor asintió levemente y el agonizante prosiguió.

Todos se sentaron a la mesa. Se hizo un respetuoso silencio para la bendición y, quizá con menos entusiasmo y ánimo alegre que el que se hubiera dado en otras circunstancias, se empezaron a repartir las viandas en los platos y a escanciar vino en las copas. La carne era fresca, pues la Tía Pepa había hecho matanza, como era costumbre hacerlo por aquellas fechas en las casas de posibles. Por instantes sólo se oyó el repiqueteo de los cubiertos de plata y la loza de fiesta, el tintineo de las copas y el crujir de la comida entre los dientes. No habían pasado ni diez minutos desde la bendición de la mesa que todos, habiendo satisfecho con los primeros bocados la gazuza,

conversaban animados. Estaba claro que el tono de las palabras no era ajeno al efecto del vino y a la satisfacción que provocaba la visión de unos platos llenos que se volvía a llenar tan pronto como se vaciaban. Los comentarios adquirían un tono optimista y, si algún familiar menos emotivo se atrevía a explicar la tardanza como un agravio lo hacía en un susurro, diciendo cosas como que eso no se hacía en una Nochebuena; o bien, pobre Tía Pepa, no tiene bastante con los laborables que también le toca las fiestas de guardar...; alguno incluso podía añadir, y además con gente en casa..., para que se vea más, como si no se supiera bastante. Tanto unos como otros coincidían en las observaciones y asentían si se estaba de acuerdo; otros, torcían la boca si estaban en desacuerdo con el modo de actuar de Jean. Tanto el punto de vista de unos como el de otros, había ido llegando a mi conocimiento a través del confesionario. Más de un comentario escandalizado lo consideré verídico por provenir de parroquianos dignos de absoluta confianza. A mí me sabía muy mal lo que se rumorearía después: que si la había abandonado él; que si por esto que si por aquello... Yo recordaba la cara de gozo que mostrara la Tía Pepa, pronto haría tres años en aquella Nochebuena, poco después de que Jean se le declarase, o el día que se casaron. Qué feliz y risueña estaba, se la veía alegre y graciosa como no se la había visto nunca. Solo hay que pensar que andaba por la cuarentena y todo el mundo estaba convencido que se quedaría definitivamente para vestir santos, aunque ella nunca lo hubiera hecho, de eso él podía dar fe, y que se supiera, nunca había probado macho. Era el suyo un carácter agreste y huidizo y junto, todo hay que decirlo, con aquella voz de machote habían alejado a los mozalbetes cuando era una chiquilla y, cuando estuvo en edad de merecer, no hubo ninguno que le hiciera tilín hasta el punto de dejarse trastear algo más allá de un roce ocasional por ver qué daba de sí, pero debió dar poco. Ya debía creer que moriría virgen cuando se le cruzó por delante Jean quien, con unos cuantos guiños y una mano hábil, le estrenó el deseo de macho y no hubo ya quien la contuviera. Como ya era bastante mayor e independiente, pues los padres habían muerto, en paz descansen, unos años atrás y era la heredera. Así que se convenció a sí misma de que aquel pedazo de hombre era lo que le convenía, decidió que lo quería junto a ella. No llegaba virgen al matrimonio pero importaba poco; se hicieron las correspondientes amonestaciones; se notificó a los familiares cercanos y lejanos del hecho; se hicieron algunos arreglos en la casa y, de paso, en el viaje que hizo a la ciudad para lo del vestido de novia, montó el ajuar con lo que consideró adecuado para hacer frente al nuevo estado en el que iba a ingresar. Pocos días, unos dos meses, fue lo que tardó la Tía Pepa en pasar de la soledad en la alcoba a compartir sus noches con un hombre que le calentaba la cama que antes encontrara helada al

irse a dormir. Por supuesto era lo suficientemente inteligente como para tener claro que no era mujer suficiente para aquel hombre. Se lo había confesado en alguna ocasión. En poco tiempo se dio cuenta que no daba abasto a las necesidades de su marido. Era consciente de que con su edad y la falta de pericia, complaciéndolo hasta donde mandaba la ley, Jean no tendría bastante. Y ella no podía ir más allá. Así que cuando de primera mano, allí en la Borda Alta, el día que quiso sorprenderlo llevándole el almuerzo que se había dejado olvidado en el poyo de la cocina, porque se lo pedía el cuerpo de recién casada, se quedó boquiabierta y confusa cuando oyó, a medida que se acercaba a la borda, los gemidos, jadeos y chillidos de una hembra henchida, y los estertores tan conocidos de su Jean, se mordió la lengua para no dar el grito de indignación que pugnaba por salir de sus entrañas, pero se contuvo apoyada en la pared. Esperó al acecho, para evitar el posible malentendido que hubiera tenido lugar, deseando en su interior que en lugar de ser quien pensaba, hubiera sido otro vecino desfogándose, hasta que salieron por la portezuela Jean y la otra, de la que era mejor no decir su nombre. Cuando vio que se había separado uno del otro, la Tía Pepa, dio un rodeo, para simular que acababa de llegar, y se fue hasta donde estaba su marido dándole a la guadaña. Cuando él se dio cuenta de su presencia, paró de segar, alzó la mano y le ofreció aquella sonrisa que le elevaba el espíritu. En cuanto la tuvo ante sí no le dio tiempo a poner mala cara, la agarró de una brazada y sobre la hierba recién segada la hizo sentir como si fuera la única mujer que existiera en el mundo. Después, cuando regresaba a casa para preparar la comida, se sintió algo confusa, dolida por no ser la única mujer en chillar bajo el peso de su marido, al tiempo que satisfecha por tener aquel pedazo de macho que era capaz de recoger cualquier migaja que le cayera a mano para completar un pan de la que ella se llevaba la mayor parte. Durante un tiempo le estuvo dando vueltas sobre cómo resolver la situación y cómo tomársela. Finalmente, dadas las circunstancias, llegó al convencimiento de que poco le debía preocupar si su gallo se iba en busca de las gallinas del vecindario, no era ella quien tenía que cuidarlas. Intuía que en aquella manera de actuar se escondía un peligro del cual no acababa de ver la dimensión. Pero como no vio otra salida al asunto decidió que, hiciera lo que hiciera Jean, de ninguna de las maneras le iba a consentir que se acercara a los pollitos de su corral. Lo que ocurriera por ese motivo, desde su punto de vista, sería de la responsabilidad de Jean.

El primer encontronazo serio fue, precisamente, el que tuvo lugar la Nochebuena en que llegó tarde a la cena con la excusa de los pinos y el muérdago. Ocurrió coincidiendo con las advertencias que le había

dado durante la confesión previa a la Misa del Gallo, en que ella le dio noticia de los posibles efectos de sus preocupaciones respecto a las actividades galantes de su marido. Pero fue después de darle la absolución, lo recordaba como si fuera aquel mismo instante, cuando tuvieron aquella breve conversación. Le dije:

—Pepeta, cuida que el Jeanet no ponga hilo en la aguja del mocerío, son muy inocentes.

—¡Qué me dice, Mosén! —respondió, sobresaltada.

Como viera aquella confusión en su rostro, le aclaré:

—Los secretos del confesionario son sagrados, pero sólo los de los que se confiesan. Tú cuida que Jean no sea un lobo para las ovejitas del rebaño.

La Tía Pepa permaneció en silencio por unos instantes para hacerse cargo de lo que podían significar lo que le acababa de decir. Después dijo, resoluta:

—No se preocupe, Mosén. Hablaré con mi marido y no hará falta que nadie ande con cuidado.

—Que así sea, por el bien de todos, hija.

Y la bendije otra vez.

Aquella noche la iglesia estaba que deslumbraba, apreciaba Mosén Ramón con la mirada perdida, la luz dorada y trémula de los innumerables cirios daba un brillo especial a los retablos y las imágenes. Los cantos navideños de las mujeres eran acompañados por los roncros fraseos de los hombre que, a pesar de desearlo, animados por el vinillo que les expandía el espíritu, no osaban alzar la voz en demasía. Tal vez tuvieran miedo a desentonar en aquel lugar porque para todos era una misa especial, distinta a las del resto del año ¿Verdad? —decía Mosén Ramón al confesor— Nadie sabía por qué, tal vez por lo inusual de la hora, por la iluminación en abundancia, por el estallido de verdes, rojos y blancos arrancados al bosque, como si por una vez la naturaleza viva se adentrara en los corazones.

Mosén Ramón hizo un paréntesis en sus evocaciones y le preguntó al confesor si él también había percibido esa atmósfera especial de la Misa del Gallo. El confesor asentía en silencio. De inmediato cayó en la cuenta de que estaba dejando de lado el motivo de la presencia del confesor y prosiguió diciendo que, como le había contado en posteriores conversaciones, algunas fuera de confesión, al llegar a su

casa y ya en la cama, Jean, todavía bajo los efectos de la bebida festiva, intentó magrearla y que ella, tiesa y rígida como un palo, no pudo evitar decirle:

—¿Hoy también has intentado magrear a Mariona?

Jean detuvo su mano, pero no la retiró y, con voz espirituosa, respondió:

—¿Qué dices? Hemos ido a buscar muérdago y nada más. Ya te lo he dicho.

Ella insistió:

—Mosén me ha dado a entender que te acercas a las mocitas.

—¿Quién? ¿Yo?

—Sí. Tú. Y ese no era el trato.

—¿De qué trato hablas?

—Lo sabes perfectamente.

Jean recapacitó. Entendía que plantarse en la negativa y a la defensiva no le llevaban a ningún sitio, por lo que, finalmente, reconoció:

—De acuerdo. Te entiendo. Pero no ha habido nada de lo que dices. Sólo he ayudado a coger muérdago a Mariona. Quiero decir que la he levantado en el aire y, vale, tal vez le haya puesto la mano en el culo para que pudiera alcanzarlo... pero a ella no le ha parecido mal... y a mí tampoco...

—¡Claro que no! Pero ¿y la gente, qué dirá?

—Me importa una mierda.

—¡Pues a mí no! El cura me ha dado a entender que corre la voz diciendo que hay más de una que tú...

Jean exclamó indignado:

—¿Esa mariconas con faldillas?! No debería meterse en los asuntos de hombres.

—No cambies de tema, Jean.

—¿Yo?



—Sí. ¡Tú! Escúchame bien. Has probado tantas hembras como has podido, me has satisfecho y yo no he dicho nada. Hasta aquí se puede entender y lo puedo aceptar. Pero escucha bien lo que te digo: si te acercas a quien no debes, y sabes bien de qué estoy hablando, no habrá otra Misa del Gallo juntos.

—¿Me amenazas? —retó Jean.

—Tómalo como quieras. No habrá... gallo en Nochebuena.

Entonces Jean soltó una carcajada y, como tenía por costumbre, quitándole hierro al asunto, se ajustó entre las piernas de la Tía Pepa y dijo, agarrándola por las caderas:

—Me parece que te lías. En Nochebuena se come pavo, aunque yo prefiero un buen conejo...

Ella, liberada en su conciencia con lo dicho, se dejó llevar, pero aquello ya no fue nunca más lo mismo. Desde aquella noche, aquello que habían sido sensaciones de satisfacción por el macho que tenía en casa, se convirtió en un nudo de angustia en el vientre, en la garganta, en el estómago y, aunque estuviera mal decirlo, por lo que Mosén Ramón pedía el perdón de Dios, en la entrepierna, que le impedía sentirse en paz y acabó por provocar en Jean un progresivo cambio de actitud en su manera de ser y en su trato íntimo. Se fueron alejando cada vez más uno de otro, hasta que se rompieron todos los lazos con los que hubieran podido construir el puente que con gran ilusión habían intentado establecer sobre aquellas aguas agitadas y turbias del desamor, la indiferencia, el rechazo e, incluso, el asco de soledad que en último término acabó reinando.

Así fue. Las dudas, las desconfianzas y la progresiva convicción por parte de la Tía Pepa de que Jean seguía haciendo de las suyas entre el mocerío le fueron endureciendo el corazón. El carácter Pedreño y aquel fruto agreste que se había ido endulzando con la llegada de Jean a su vida, se fue agriando y se fue expandiendo a todos los ámbitos de la relación, helando incluso los más íntimos rincones de su espíritu y haciéndole indeseable el trato de quienes la rodeaban. Solo con los que siempre había sentido más cercanos mantuvo un trato cercano y afable: los familiares más íntimos quedaron al margen de aquella frialdad de espíritu: la prima María la Bolla y sus sobrinas: Marionna, Meleta y Merichel. Mosén Ramón miró con inmensa tristeza a su mayordoma y continuó su confesión. De las tres hermanas, la mayor era Merichel. Contaba entonces diecisiete años y cumpliría los dieciocho en otoño. Era morena, de ojos oscuros y de mirada fría y dura. Capaz de hacer sentir su presencia impresionante cual un pedazo

de hielo, cuando mantenía las distancias, pero como una gatita maula, suave y tierna si quería ofrecerse sensible y deseosa, pero siempre como parte de un movimiento interesado. Nada en ella queda al azar. Por eso, cuando el Tío Jean le lanzó los primeros cantos de la seducción, ella se dejó llevar. Se dejó acariciar por las palabras aterciopeladas que iban envolviendo su interior seco y mineral. Poco a poco se dejó mecer sintiendo como en el movimiento se iba adentrando en el mundo de los adultos, el de las mujeres mayores, en el que hasta entonces, cuando iban a comentar alguna de las cosas que les eran propias, echaban un vistazo alrededor y si se daban cuenta de su presencia, procuraban cortar el tema iniciado diciendo aquello de “ahora no, que hay ropa tendida”. Hasta hacía poco, Merichel, todavía tierna, no acababa de entender aquella expresión. Pero, últimamente, era ella misma quien la utilizaba si se hallaban cerca Meleta o Mariona, sonriéndose por dentro al comprobar las miradas de desconcierto en sus hermanas y pensando: “pobrecillas, así era yo.” Esa apreciación de sí misma no era del todo cierta. Había oído muchas cosas acerca del Tío Jean, tanto por boca de su madre como de la Tía Pepa, en aquellas horas muertas mientras cosían y descosían ropas y corazones. Por eso, cuando él se le acercó, después de haberse henchido de satisfacción hasta no poder soportar más los límites de su propia piel, tentándola, como sin querer, con palabras graves y azucaradas que le dibujaban un mundo de sensaciones cálidas y osadas para aquel cuerpo amortecido por soledades y ansias. Hasta que un día de aquellos, a finales de primavera, aprovechándose de las liberalidades de la Noche de San Juan, el Tío Jean le hizo sentir una chispa de un fuego que sintió que acabaría por prender la anhelada fogata en su corazón helado. Con posterioridad volvieron a aquel punto más de una vez, pero ella se sintió más o menos igual. De modo que, al cabo de unos meses, él la acabó dejando tranquila, no sin antes haber acordado con ella que sería la última a la que se acercaba. De la misma manera que erraba en la percepción que tenía de sí misma, le ocurría lo mismo con sus hermanas. Ella no había sido nunca como Mariona. Mariona cumpliría pronto once años y era un pajarillo silvestre: menuda, dulce y algo traviesa. Nada de lo que pudiera ser tratado en aquellas conversaciones de mayores la atraía. Si estaba allí era porque llovía, o nevaba, o hacía mucho viento, o porque, fuera lo que fuera, no le dejaban dar vueltas por ahí. Por su gusto se pasaría todo el santo día y, si pudiera salir por la noche, también se las pasaría corriendo entre sombras de luna, saltando o corriendo por los bosques, los prados o los peñascales... Como todo el mundo, excepto ella, era consciente del riesgo que corría con aquella manera de actuar, no la dejaban salir más que lo que conviniera. Su ansia era contemplar y maravillarse con las cotidianas “naturalidades” que la rodeaban. Con

eso tenía suficiente. Las conversaciones de la gente mayor le resultaban aburridas, agrias y tenebrosas. Por eso le traía sin cuidado el asunto que trataran, nunca prestaba atención, a no ser que tuviera que ver con la naturaleza que les rodeaba, entonces se embobaba. Su madre, en más de una vez, pensó que era algo sorda, porque no respondía nunca al primer grito; pero les quedaba claro, ante su sorpresa, de que de sorda nada, cuando les hacía observar, cuando iban al campo, si oían cómo cantaba el ruiseñor, o cómo rascaba el saltamontes. Entonces, la recriminación era inmediata. "Pues a ver si nos oyes tan bien cuando te hablamos, señorita, que no hacerlo es de muy mala educación." Ciertamente Mariona era muy especial y en eso estaban de acuerdo Merichel y Meleta.

A ninguna de las tres hermanas le sentaba tan bien el nombre como a la mediana que andaría por la quince abriles aquel verano. Meleta era clara, el cabello rubio como los hilos de oro tan largo que llegaba hasta el culo. Andaba con unos pasitos tan cortos que parecía que iba flotando. Su rostro era como una almendra con una mirada azul y una naricilla ligeramente arremangada. La boca estaba enmarcada por unos labios carnosos y rojos que, al sonreír, mostraba unos dienteclillos blancos y alineados. Meleta hablaba poco y, cuando lo hacía, una voz dulce, suave, acariciadora, se columpiaba de las orejas de quien escuchaba. Ciertamente el nombre le pegaba a la perfección: Meleta era dulce como la miel, tal vez más. Mosén Ramón reconocía que estimaba a Meleta porque se le presentaba como la encarnación de una de aquellas vírgenes representadas por los pintores del Renacimiento, y se disculpaba y solicitaba el perdón por mirarla con más arrobos a ella que a las propias imágenes de culto cuando en los oficios ella se sentaba en los primeros bancos... y se sintió muy apenado por lo ocurrido.

Al finalizar la primavera ya no quedaba ni una flor en el jardín que tanto había procurado atender la Tía Pepa. Se sintió traicionada y dolida. Mosén Ramón expresó que en sus manos no estuvo la posibilidad de detener nada, aunque escuchaba en el confesionario sólo pudo constatar como aquella degradación tomaba cuerpo. Jean se tornó malvado y libertino, pero no hubo denuncia formal. No tuvo bastante con desfogar los deseos propios, que cualquiera podía considerar naturales, sino que tuvo la necesidad de satisfacerse cada vez más con placeres menos tolerables para seducirlas. Por lo visto, en los primeros intentos se limitó a atarlas a modo de juego y acercarse a ellas aparentando que las azotaba. Cuando aquellas miradas, que en un primer momento era de ansiedad estimulante, por la novedad, acabaron siendo de complicidad, no se sintió satisfecho. Tenía la necesidad de ver en aquellos ojos lloriqueantes la luz del temor y oír

las voces gimientes suplicando que no les hiciera daño, pero él no se contenía, aunque se disculpaba después diciéndoles que él no quería hacerles daño, pero qué podía hacer él si no aparecía aquella mirada. Era entonces cuando las azotaba de verdad y, extrañamente, las víctimas acababan sintiéndose culpables razón por la que no hicieron nunca ninguna denuncia, porque en el fondo, aunque sólo fuera al principio, habían deseado que Jean las tratara como lo hacía, y se sentían responsables de las consecuencias. Le sabía mal decirlo, pero Meleta cayó en su trampa cuando más osado se había vuelto y a la pobrecilla la hizo sufrir más de lo que se podía imaginar. Su perversión llegó a tal extremo que, y sufría Mosén Ramón al decirlo, porque cuanto más jovencitas eran más se satisfacía su irracional perversión. Todo esto llegó a sus oídos —decía Mosén Ramón— mucho tiempo después de que hubiera ocurrido, cuando aquellas jovencitas, por otros motivos, se vieron con fuerzas, sintiéndose culpables por aquellos primeros goces, en el secreto de la confesión, procuraron expulsar sus sufrimientos y temores y culpabilidad exacerbada, que él, con toda la delicadeza que pudo emplear procuró suavizar. Además debe saberse que en una de aquellas oscuras tardes de otoño, con la naturaleza enloquecida por el viento, el agua y las angustias, la Tía Pepa, por una sola vez, y dejando consternada a su prima María la Bolla, vació el buche y, de un tirón, dejó ir todo aquello que últimamente no la dejaba dormir, cuando su prima le preguntó en tono picarón:

—¿Y qué, Pepa? ¿Cómo te va de recasada?

—Mira, María —le dijo—. Ya que me has preguntado cómo me va de casada, te lo diré; pero de aquí no tiene que salir ni una palabra, porque si pasa eso, no te volveré a dirigir la palabra nunca más. Para mí habrás muerto.

María se asustó por la contundencia con que su prima decía aquellas palabras.

¡Ay, Dios mío! Que me muera ahora mismo, hija. Si eso tiene que servir de algo, para que confíes en mí. ¿Pero qué te pasa, hija?

—Pues que, desde hace algún tiempo, Jean ya no es el mismo.

María quiso restarle importancia.

—¿Es eso? Ya pasa con los hombres. Tan pronto son dulces como el azúcar, como amargos como la hiel. Mi Juan también...

La Tía Pepa la interrumpió:

—¡María! No es eso... es...

—¿Y qué es, entonces? —interrumpió María, a su vez.

—Déjame hablar —solicitó la Tía Pepa—. Pocos días después de habernos casado, lo pillé follándose a... una.

María puso cara de sorpresa (falsa, hay que decir, porque, a ella, Jean también había intentado faenársela, y estuvo a punto de conseguirlo, pero el destino no lo permitió, a Dios gracias) pero no dijo nada.

—Entonces —siguió la Tía Pepa—, me di cuenta de lo que tenía en casa; aunque no me pareció tan mal. Algo tendrían de qué responder las que consentían —su prima asentía con la cabeza—. Sí. Yo soy mayor y las necesidades de un hombre como él hay que entenderlas. Así que lo dejé correr. Hasta que, la Navidad pasada, Mosén Ramón me tiró de las orejas al decirme que Jean rondaba lugares delicados y hablé con él. Él, ya sabes cómo es, se lo tomó a broma y, a su modo, me dio a entender que sabía perfectamente lo que se hacía. Desde entonces parece como si se hubiera alejando. Ahora ya no se abalanza sobre mí en cualquier rincón y a cualquier hora, como lo hacía; es más, ni me hace caso cuando yo me acerco.

María dijo, como si pensara en voz alta:

—Pues sí que es grave...

—¡Claro que lo es! No sólo por eso, que si no es plato de buen gusto, pues podría ver cómo se condimenta, sino porque se lo monta con otras y a mí no me hace ni puñetero caso.

—¡Joder! —espetó María— ¡Qué huevos!

Fue entonces, como si una luz se encendiera iluminando alguna de las más remotas posibilidades, cuando la mirada de la Tía Pepa se heló, apretó la mandíbula y aseguró entre dientes:

—Los huevos le cortaré y, como hay dios que me los comeré, si pone la mano encima de una sola de mis sobrinas.

—¡Ay, Dios mío! —expresó acongojada su prima María—. No sé cómo se te ocurren estas barbaridades. ¡No lo digas ni en broma!

El restallido seco de un de un relámpago y el retumbar profundo, arrastrado del trueno que le siguió hizo temblar los vidrios de las ventanas y los cristales y platos del aparador y sobresaltó a los que allí estaban.

—¡Santa Bárbara nos valga! —Chilló María, persignándose y buscando con mirada enfebrecida dónde pudieran hallarse sus hijas.

Cayeron entonces en la cuenta de que estaban allí y que también habían estado oyendo la conversación. Marionna había dejado de jugar con el gato; Meleta abría los ojos como platos y Merichel parecía una copia de la Tía Pepa, con la mirada perdida más allá de la ventana y apretando la mandíbula. María reaccionó como la mujer práctica que era y pensó que era mejor así, que se enteraran de una vez del pescado que se vendía, de este modo se ahorraría avisos y consejos engorrosos que hubieran pedido explicaciones y detalles poco agradables de explicar. Con esta idea positiva en mente, María procuró cambiar el tono de la charla, diciendo:

—¡Bien, Pepa! No te preocupes más de la cuenta. Eso seguro que será una cosa pasajera y verás cómo de aquí a un tiempo las cosas mejoran. — como observara la incredulidad en el rostro de su prima, aseveró—. Ya te digo yo que sí. Los hombres son así. ¿Qué sacaríamos en claro si ellos fueran como nosotras?

Acabó la pregunta respondiéndose a sí misma haciendo un corte de mangas con el codo a la altura de la cintura y soltando una carcajada medio hipada que contagió a la Tía Pepa y le retiró las negras nubes de su frente e imaginarse a Jean tan liso como ella y se puso a reír con una risa tan cascada como su voz. Mientras, ninguna de las tres muchachas rio: Marionna, porque no sabía de qué iba aquello y las otras dos porque no le veían la gracia al chiste.

Cuando se remansó la risa y María acompañó a la Tía Pepa hasta la puerta. Luego que esta ya se hubiera alejado unos metros, le dijo en tono festivo:

—¡Ya procurará no acercarse a este gallinero!

La Tía Pepa asintió con la cabeza. Lo que no sabía la prima María es que ya lo tenía dentro, y bien dentro, removiendo los huevos. El caso es que su prima María no lo supo nunca. Pero ocurrió.

Como habían hecho siempre, María y su marido Juan se fueron a la feria de Santa Lucía. Hasta entonces, se habían llevado con ellos a todas o a alguna de las niñas, como ocurrió el año anterior que Meleta se quedó con Merichel y se llevaron a Marionna. Pero en esta ocasión quisieron que los regalos fueran una sorpresa para todas, así que decidieron que se quedaran las tres en casa, ya eran suficientemente mayorcitas. Merichel era ya toda una mujercita y podía hacerse cargo de la casa, además, sólo serían tres días y, si había alguna necesidad, o

imprevisto, estaba la Tía Pepa cerca, con la que ya habían hablado, para lo que hiciera falta. Así fue.

El segundo día, las hermanas mayores madrugaron y, mientras desayunaban, decidieron qué comida harían. Decidieron que harían flan, de postre. Poco después, cuando se iban a poner a ello, vieron que se les había olvidado la canela. Fue cuando despertaron a mariona, que ya debiera haberse levantado, y después de desayunar la mandaron a casa de la Tía Pepa a que le diera una caña de canela en rama. Por supuesto le recomendaron seriamente que regresara directamente a casa y no se entretuviera, pues si se retrasaba los flanes estarían todavía calientes a la hora de comerlos. Mariona atendía seria, consciente de la importancia de su cometido. Unos flanes sin canela no tenían ninguna gracia y porque pensar en ellos se le hacía la boca agua. Asentía a toda recomendación y añadía un “sí” cada vez que le añadían el “¿Has entendido?”

Desde su casa la de la Tía Pepa habría como unos trescientos metros de camino en cuesta. Las hermanas mayores la siguieron con la vista hasta que la perdieron de vista a sobrepasar el montecillo. Tras él sólo le debían quedar unos cien metros. Aunque eran conscientes de todo, no pensaron ni por un momento que a aquella hora de la mañana pudiera pasar algo y porque en los encuentros que habían tenido con el Tío Jean, sin que la otra hermana lo supiera, le habían dado a entender en qué lugar, de ninguna de las maneras, no debía picotear. Mientras tanto, las dos se pusieron a barrer la casa, limpiar los cristales, hacer las camas y, cuando se iban a poner a preparar la comida cayeron en la cuenta de que ya había pasado mucho más rato del que se podía esperar, aun cuando se hubiera entretenido, ya fuera atendiendo a algún recado de la Tía Pepa, o pero alguna de sus inevitables distracciones. Con el corazón encogido, se dijeron que a lo mejor la Tía Pepa, conociéndola como la conocían, la había hecho desayunar otra vez, aunque le habían dejado bien claro que no se podía quedar. A la hora de decidirse por ir a buscarla, ninguna de las dos osaba, por evitarse un mal trago, y una proponía a la otra, hasta que decidieron ir las dos. De una carrera llegaron hasta la puerta de la Tía Pepa y llamaron, nadie respondió. Entonces gritaron: “¡Tía Pepa! ¡Tía Pepa!”. Proviendo del otro lado, fuera de la casa, oyeron el grito cascado de la voz de la Tía Pepa:

—¡Estoy aquí! ¡En la corte, con los cerdos!

Ellas dieron la vuelta a la casa y vieron a la Tía pepa saliendo del lugar con un balde en la mano.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¿Ha visto a Mariona?

—¿Mariona...? No.

—¿No? —repreguntó agitada la dulce Meleta.

—No. Ya te lo he dicho —reafirmó la Tía Pepa, y preguntó a su vez—. ¿Qué pasa?

Merichel, resumiendo, le explicó lo ocurrido hasta aquel momento y concluyó:

—¿Dónde estará, entonces?

—Aquí no ha venido. Se habrá entretenido con algún grillo o...

—Pero nos la hubiéramos encontrado por el camino ¿No?

La tía Pepa, sin pensar en quién tenía delante, exclamó:

—¡Maldito hijo de puta!

—¿Qué dice, Tía? —preguntó, sorprendida por las palabras de su tía, Merichel.

La Tía Pepa preguntó, a su vez:

—¿Cuánto hace que la habéis mandado?

—Quizá haga una hora...

—¡Me cago en su puta madre! Masculló la Tía Pepa, conteniendo su rabia

—¿De quién habla? —se atrevió a preguntar Merichel, esperando que no le diera la respuesta que imaginaba.

—¿De quién hablo? ¡Maldita sea! De Jean.

—¿Jean?

—Sí. Vuestro tío. El muy cabrón ha salido de casa más o menos a la hora en que habéis mandado a Mariona... —y dudó al decírselo— Seguro que se han encontrado.

—Pero y si... —inició Meleta.



—¡Ni pero, ni hostias! Se la tiene que haber llevado —cortó la Tía Pepa, y concluyó—. Si no lo es, me equivoco y ya está.

—¿A dónde se la habría llevado? —inquirió Merichel.

—¿A dónde? —dijo la Tía Pepa— Ahora lo sabremos. ¡Venid conmigo!

Sin esperar respuesta, ni a que siguieran su paso, tomó el senderillo que subía la cuesta hasta la Borda del Prat. Sin decir nada más, resoplando y medio asfixiadas, al cabo de un cuarto de hora, avizoraron la choza a unos doscientos metros. Se detuvieron a recuperar un poco el resuello. Entre resoplido y jadeo, con la boca seca, la Tía Pepa dijo:

—Dios quiera que no sea lo que yo pienso... —su voz enronquecida pareció que iba a romperse en un llanto.

Recuperado algo el aliento, se acercaron con cierta premura a la borda, pero cuando faltaban unos cincuenta metros oyeron unos chillidos. No les cabía la menor duda: Era Mariona. Antes de que a Meleta y Merichel se les ocurriera acudir corriendo en su ayuda, la Tía Pepa las detuvo. Se puso el dedo en los labios y les pidió calma y silencio. Les propuso que la siguieran sin hacer ruido. Se acercaron a la choza sin dejar de oír los horribos chillidos de su hermana. Al llegar a la pared de la borda oyeron como mariona, además de chillar, pedía que la dejara, que le hacía daño; pero la voz del Tío Jean, porque ya no había ninguna duda de que era la suya, le respondía que si le hacía daño era porque no se estaba quieta. La Tía Pepa les hizo señas de que se quedaran allí fuera esperando, que ella se encargaba. Ellas, asustadas, asintieron con la cabeza. Entonces, con más lentitud que antes, la Tía Pepa avanzó pegada a la pared procurando no pisar nada que pudiera delatarla, hasta llegar a la puerta que estaba abierta. Se encontró con la espalda de Jean que forzaba por detrás a Mariona, de la que sólo podían verse las delgaduchas piernas entre las de él. Pensó que la tendría atada a la mesa boca abajo y no lo pensó dos veces: agarró la guadaña que colgaba de la pared y, tomando impulso, con el movimiento que tantas veces había ejecutado, se la clavó en mitad de la espalda y lo atravesó. Se oyó un estertor ahogado y Jean giró sobre sí mismo, dejando a Mariona, a la que había atado a las patas de la mesa, mostrando todo el culito manchado de sangre. Pareció que Jean quiso dar un paso y estirar el brazo, pero los pantalones medio caídos se lo impidieron. Cayó al suelo de bruces. La guadaña quedó clavada y allí la dejó hasta que murió, sin mirarlo siquiera. La Tía Pepa se fue hasta Mariona, diciendo:

—Tranquila, cariño. Todo se ha acabado.

Mariona lloraba y, mientras la desataba, le decía:

—Me había dicho que me enseñaría la guarida del lobo, y me ha traído hasta aquí.

—Te creo, cariño, yo te creo. Tú no digas nada de esto a nadie.

La acabó de desatar y le recompuso como pudo la ropa desgarrada. La agarró en sus brazos y, tapándole los ojos, se la llevó fuera hasta donde estaban esperando, sobrecogidas, Meleta y Merichel que, al verla llegar, preguntaron:

—¿Qué ha pasado?

La Tía Pepa las acalló con un gesto seco y dijo:

—¡Iros! Aquí no ha pasado nada. ¿Queda claro? ¡Nada!

—Pero... —inició una de ellas.

—¡Nada, he dicho! ¿Queda claro? —insistió.

—Sí —respondieron las dos hermanas.

—Os vais a mi casa —añadió—. Hoy comeréis conmigo y me he quedado sola porque el Tío Jean se ha ido a Barcelona. ¿Queda claro?

—Sí, Tía Pepa —dijeron.

—Pues, nada más.

Mientras ellas se alejaban en dirección a la casa de la Tía Pepa, se prometieron unas a otras que por ellas no había pasado nada, que nunca habían estado allí, que Mariona se había distraído mirando las vacas, que habían tenido que ir a buscarlas y que la Tía Pepa las había invitado a comer.

Tras aquello, mientras descendían, Mariona supo que el daño que le había hecho el Tío Jean no se lo volvería hacer porque la Tía Pepa no se lo permitiría. Además se había ido a Barcelona y hasta que no volviera no había nada de qué preocuparse. Meleta consideró que ya había tenido bastante con los juegos del Tío Jean y después de lo de Mariona, ni pensar en dejarle que se acercara. Tal vez Merichel sintiera que iba a añorarlo algo, porque el corazón siniestro de su tío

había agujoneado su espíritu transgresor y no acabó de resultarle desagradable del todo. Ahora sabía que ya se había acabado todo, que tras no cumplir su palabra, no hubiera podido confiar en que no abusara de sus debilidades. Tenía claro que, con la intervención de la Tía Pepa, ya se había acabado todo y, en el fondo, pensó que estaba bien que así fuera, porque los tratos están para cumplirlos y él no lo había hecho respecto a Mariona.

Al llegar a casa de la Tía Pepa, Merichel se fue a buscar ropa para Mariona. Cuando regresó, vio que sus hermanas se entretenían jugando, como si no hubiera ocurrido nada, y se convenció, como había propuesto la Tía Pepa, de que allí no tenía por qué haber pasado nada. Después, entre risas bañaron a Mariona en el barreño y, una vez seca y vestida, quedaron las tres esperando a la Tía Pepa, cantando el villancico:

*Ara ve Nadal,*

*Matarem el gall,*

*I a la Tía Pepa,*

*Li donarem un tall.*

(Ahora llega la Navidad,

Mataremos el gallo

Y a la Tía Pepa,

Le daremos un pedazo)

Después de repetirlo unas cuantas veces, de pronto, las hermanas mayores se callaron, sorprendidas de ver algunas de las coincidencias de lo que estaban cantando con lo sucedido. Se miraron cómplices y, finalmente, estallaron en una gozosa carcajada. Estaba claro que no había pasado nada, y nada les impedía cantar un inocente villancico navideño.

Como es de cajón —concluía Mosén Ramón—, Jean no fue nunca a Barcelona, pobrecillo. Ni salió del pueblo. Lo que hizo la Tía Pepa con el cuerpo de Jean, ya os lo podéis imaginar. En la cena de navidad, como decía el telegrama, estuvo con nosotros y todos lo bendecimos. De un modo u otro, sin saberlo, claro está, todos fuimos cómplices de la Tía Pepa en la desaparición de su marido. Como no podía ser de otra manera, no lo supe hasta que confesé a la Tía Pepa por última vez. Después de contarme la verdad de lo sucedido, lo

último que dijo la Tía Pepa fue: “En el fondo, Jean era muy bueno. ¿Verdad, Mosén?” Yo no pude más que asentir a la afirmación de la moribunda. Ella susurró un medio padrenuestro y expiró con una ligera sonrisa en los labios. Yo quedé consternado. Desde entonces he vivido con este remordimiento en el alma que no me ha dejado descansar en paz nunca más, pensando en las muchachas y mujeres del pueblo, por lo que habían sufrido y cómo fueron liberadas de su sufrimiento, sin que yo no hubiera hecho otra cosa que oír sus quejas, dolores y lamentos en el confesionario sin mover un dedo. Fue entonces cuando me propuse ser su valedor y no pude, ni quise alejarme de aquí.

Mostró, con una ligera sonrisa, la satisfacción de morir habiendo comprobado que su vida había sido, después de aquel paréntesis, como la de cualquier otro que cumple con su obligación. Su piel palideció y la voz desapareció con las últimas palabras. Tomó una última y suave inspiración y, con la mirada de un cordero sacrificado puesta en la de su mayordoma, se abandonó al cielo. La mayordoma, Merichel, se acercó al cuerpo de Mosén Ramón, le cerró los ojos y le cruzó los brazos sobre el pecho. Después, en silencio, salió de la habitación para dar la noticia de la muerte de Mosén Ramón a los que esperaban tras la puerta. Por supuesto, no dijo nada de la confesión, ni hacía falta, quien más quien menos, tenía una idea de todo aquello.

Andorra, Navidad 2000.